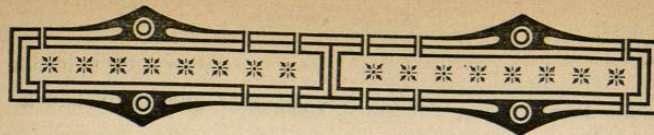


esta misión, que es la más importante y vital de todas, me ha sido ofrecida por la *Alianza*. Por eso puedo decir que mi vida es la más dichosa y la más afortunada del mundo. He aquí en pocas palabras mi confesión general.

Ante esta nueva prueba de la nobleza y grandeza de ánimo de su secretaria, la Condesa se complacía en la perfecta comunidad de sentimientos que existía entre ambas, pues parecían creadas á propósito para trabajar juntas en el apostolado del feminismo cristiano. Terminó, por lo tanto, el coloquio con aquel acento de ternura, que empleaba siempre con la joven.

—Poco á poco y sin quererlo me das la razón. Luego absolvámonos mutuamente y hagamos juntas penitencia combatiendo al laicismo falso con el nuestro, que es de muy buena ley. Esta es ciertamente la misión más útil de la mujer por la mujer en los tiempos modernos. Estamos en la misma barca, yo sobre el puente de mando y tú en el timón. Esperemos que á pesar de todo género de borrascas hemos de entrar felizmente en el puerto.



L

La última trama.

CUANDO la comadrona regresó de su visita á la Schwitzer, con el rabo entre piernas, como suele decirse vulgarmente, aguardó algunos días para ver si recibía el aviso convenido para la terminación del asunto, pero lo aguardó en balde, cosa que no sorprendió á la astuta mujer, porque demasiado había visto que la alemana se resistía á entrar en la conjura proyectada.

Intentó entonces hacer entrar en la red á otras personas, para servirse de ellas como instrumentos en su infame proyecto y descargar sobre su cabeza las responsabilidades. Tanteó especialmente el ánimo de Brandini, de la Fioroni y de la Lisardi, mostrándose consternada con el triunfo de la *Alianza*, y declarándose pronta á todo sacrificio para salvar á la *Liga*, insistiendo siempre sobre la necesidad de un remedio radical, de un acto heroico, de un remedio seguro para vencer al enemigo común.

Pero no tardó en advertir que perdía el tiempo lastimosamente, porque no sólo encontraba en todos frialdad y desconfianza, sino que cada vez que trataba de excitar su interés para

provocar la explicación final, todos la dejaban decir y hacían oídos de mercader, dándole á vislumbrar que se lavaban las manos.

No le quedaba, pues, más que un último partido, y era buscar el auxilio de la vieja bruja haciéndola creer que la Storní y la Piumetti estaban tramando un plan terrible con el propósito de arruinarla, comprometiéndola en un proceso. Por más que tuviese pocas probabilidades de engañar á la vieja que la aventajaba en astucia, quiso no obstante, intentar la prueba, por aquello de que en todas las cosas lo último que se pierde es la esperanza.

Por tanto, según su antigua costumbre, una mañana antes de amanecer fué á ver á la vieja, tratando de asustarla, hablándole de una denuncia judicial á la que seguiría un proceso y quizá una condena criminal.

Pero pronto pudo percatarse de que la astuta sibila había adivinado el juego y que lejos de dejarse engañar amenazaba con las más terribles represalias á cualquiera que tratase de darle un disgusto con la justicia. Entonces la comadrona mudó de registro y reclamó su ayuda para salvarse de una catástrofe inminente.

Alzó la bruja los hombros con desdén y le replicó secamente, despidiéndola con cajas destempladas, añadiendo además una porción de injurias de lo más selecto de su abundante repertorio.

Irritada por aquellas provocaciones, la comadrona se levantó vomitando también las más horribles amenazas. Pero la vieja sin conmoverse, ni apelar como la vez anterior á los espíritus, le dijo fríamente con una sonrisa siniestra y maligna.

—No juegues con fuego porque la mina está cargada y pudiera encenderse la mecha. Nuestro último coloquio, como los anteriores fué oído por dos testigos de mi confianza. Conque no amenazas si no quieres que te prendan.

Dicho esto, la bruja se puso en pie y desapareció, cerrando tras de sí la puerta interior del saloncillo.

La comadrona se quedó como herida del rayo, y hasta llegó á temer que aquellos dos testigos la detuviesen en el acto Huyó, pues, también apresuradamente, dándose por satisfecha con encontrar libre la salida y echar á correr sin que la siguiesen.

Llegada á su casa, agitada y furiosa, por la impresión que le había producido aquella escena, murmuró entre dientes para sí:

—Acto quinto. Escena última. Encuentro final entre las dos protagonistas del drama... Nadie obra mejor que uno mismo... Luego manos á la obra... Después veremos.

Y se puso á reflexionar y á considerar atentamente la evolución fatal de los últimos acontecimientos y la resolución definitiva que debía adoptar y realizar por sí misma, puesto que los demás la abandonaban.

Pronto vió con evidencia que estaba completamente sola enfrente de un verdadero ejército victorioso y que no le quedaba más que huir ó dar un golpe desesperado.

Eran ya demasiadas las personas que conocían los secretos de las tramas criminosas que había realizado contra la Piumetti: Brandini, Fiocchetti, la Schwitzer, la bruja, y además ésta tenía dos testigos. Ahora, en el momento supremo, todos ellos la habían abandonado á su triste suerte, esquivando todo empeño para la común defensa y salvación.

A Fiocchetti no le había comunicado su último proyecto, porque lo consideraba completamente incapaz é inepto para contribuir á su ejecución, no ya como autor, sino como simple instrumento, pues sabía que aunque lo dominaba por el terror, una vez cesado éste sería el primero en denunciarla.

Por otra parte, tenía indicios y hasta pruebas seguras de que era expiada continuamente por sus enemigas, las cuales no dejarían de presentar buen número de argumentos para mandarla

á galeras. El ejercicio de su infame industria sería indudablemente una de las principales materias de acusación.

Si ello ocurría, esto es, si compareciese delante de la justicia, sus antiguos amigos y cómplices realizarían todo género de esfuerzos para agravar su situación y disculparse. Las más fieles personas de su casa, sus deudoras, sus auxiliares en otros delitos lo revelarían todo. La cadena perpetua para ella no podía faltar.

Además, y prescindiendo de estos casos extremos, la guerra que la *Alianza* hacía en general al torpe mercado y en particular á su industria privada, la reduciría pronto ó tarde á la impotencia para continuarlo, y, por lo tanto, á la ruina.

En este estado de cosas no podía esperar que el peligro se le echase encima; era preferible ir en su busca.

¿Huir? ¿Renunciar á su tráfico, abandonar la empresa y vivir escondida en un país lejano, donde sus enemigos no pudieran encontrarla? Pero esto era condenarse á la miseria, á la desesperación, con la certeza de aumentar el triunfo de su rival y con peligro además de ser descubierta y entregada á la justicia. ¿Cómo y dónde ocultarse á la *Alianza*, cuya organización llegaba á todas partes? Y luego, ¿dónde encontrar paz, sin haber cumplido su juramento, sin apagar el irresistible apetito de venganza?

¡Antes la muerte que una vida tan intolerable!

El solo pensamiento de huir ante su enemiga la llenaba de furor. Por eso decía frenética:

—¡O vengarse ó matarse!

Luego la venganza.

Venganza que hiriese de muerte á la Piumetti, que alcanzara también á la Condesa, para hundir á la *Alianza* definitivamente.

Venganza, cuyo autor resultase ignorado, y entonces ella podría continuar su industria. Y en último término, si llegara

á ser descubierta, con unas cuantas pastillas de sublimado asunto concluido.

Venganza realizada de manera que las sospechas cayesen contra los que se habían negado á entrar en la conjura, especialmente contra la bruja y Brandini, para vengarse de ambos.

Esbozado así en sus líneas generales el siniestro proyecto permaneció ya más tranquila. De tal manera le parecía necesario.

Pero si era fácil de concebir un proyecto de venganza, su feliz ejecución resultaba empresa difícil y ardua. Aquí, pues, concentró la comadrona todos sus pensamientos y durante días y noches no hizo más que madurar el golpe que habría de liberarla de su enemiga.

Después de haber fantaseado largamente sobre toda clase de planes, encontrando siempre difícil realizar el proyecto con impunidad, le pareció haberlo conseguido con tal de encontrar una persona que la auxiliase. Esta persona no podía ser otra que su directora.

Encerróse, por lo tanto, con ella en su gabinete y le dijo sin preámbulos:

—¿Qué será de nosotras dentro de un año?

—Estaremos perdidas... Vamos hacia el precipicio.

—¿Debemos presenciar la catástrofe tranquilamente?

—Que remedio nos queda.

—Entonces hay que buscar la salvación en la fuga.

—Para salir de las brasas y entrar en el fuego. Nuestras enemigas nos perseguirán sin descanso.

—¿Y no habremos de defendernos?

—Sí, es preferible hacer justicia por nosotras, antes de que nos la hagan. El que da primero da dos veces.

—Muy bien. Tú has dado en el blanco... Yo estoy dispuesta á jugarme el todo por el todo, pero tengo necesidad de alguna persona que me ayude, con valor y sangre fría, en el

desarrollo de mi plan... Pues bien, fuera de ti no puedo contar con nadie. Con tu auxilio nada temo. Por otra parte, todo el riesgo lo correré yo; yo daré fuego á la mecha y tú no tendrás más que ayudarme en los preparativos. ¿De quién he de fiarme mejor que de ti? En el peor de los casos, es decir, si yo cayese en la ratonera, todo mi capital será para ti, pues haré testamento en favor tuyo... ¿Estamos de acuerdo?

—¡Completamente! ¿Pero el proyecto está bien fraguado.?

—Todavía necesito algunos días para darle la última mano y adoptar las medidas para ponerlo en práctica.

—¿Cuántas palomas quiere usted coger con un cebo?

—Dos: la Presidenta y la Secretaria; pero prefiero pillar á esta última. Luego hablaremos.

—Así Dios nos ayude.

—Todo tiene su término.

—Precisamente. Conque lo dicho; preparemos los medios para llegar al asalto final.



LI

El asalto final.

DESPUÉS de esta conjura pasaron algunos días empleados por la comadrona en determinar todos los detalles del asalto, asegurándose ante todo, de tres cosas. En primer término, de dar un golpe tan preciso que ambas víctimas, ó por lo menos Ida, resultase sacrificada; después desaparecer sin dejar rastro alguno, por el cual pudiera la justicia dar con el autor del delito; y, finalmente, preparar ciertas huellas ó indicios falsos, que desviando la atención de la verdadera autora, resultasen comprometedores para las personas que se habían negado á entrar en el complot.

Cuando le parecía que todo estaba admirablemente combinado, comunicó su proyecto á la directora y discutió con ella extensamente hasta el menor de los detalles. Luego se pusieron en acecho, esperando con paciencia que se les presentase la ocasión más favorable. Para conseguirlo había montado la comadrona un servicio de información digno del policía más astuto.

La ocasión favorable no tardó en presentarse. Se estaba en la víspera de la Navidad, día deseado por la comadrona, porque tenía por seguro que ambas víctimas designadas, irían á la misa

del gallo á cualquier iglesia, probablemente á la del *Albergue* de las obreras, ya conocido de nuestros lectores, para comulgar. Aquel sitio á tales horas le parecía el más oportuno para llevar á efecto su designio infernal.

A hora bastante avanzada de la noche, ordenó á su criado que fuese á rondar con precaución el palacio de la Condesa hasta media noche, para ver á las personas que la acompañasen y viniese en seguida á darle cuenta de todo.

A las once y media, el criado volvió y dijo que la Condesa con Ida y Giorgina, había salido en carruaje tomando el camino que conducía al *Albergue*, que Giannina que las había acompañado hasta la puerta, permanecía en casa.

—Está bien—respondió con indiferencia la comadrona.— Anda, ahora ve á dormir. Esta noche pienso yo guardar la casa y despedir á todos los extraños al primer toque... A propósito; si ocurriese algo declara que estuviste de guardia y que antes de media noche se cerró todo sin que entrase ni saliese nadie de la casa.

El criado que había visto brillar una moneda, afirmó que estaba dispuesto á jurar que no había entrado ni salido una mosca.

Diez minutos después, el hombre dormía á pierna suelta, relevado como estaba de la tarea de vigilar por la casa.

La comadrona había calculado justamente que sus víctimas no podrían volver antes de las dos de la madrugada, porque tendrían necesidad de emplear un par de horas para la misa nocturna, la comunión general y las demás funciones de precepto. Decidió, por lo tanto, con su compañera no colocarse en acecho hasta las dos.

Entretanto, y con el fin de preparar la coartada permaneció charlando alegremente con sus huéspedes hasta media noche. Después ordenó á la vieja portera que cerrase todas las puertas y se retiró con su compañera para prepararse á la empresa arriesgada de aquella memorable noche.

Veinte minutos antes de las dos descendieron ambas sobre la punta de los pies, hasta el patio anterior; allí detrás de una puerta cogieron dos bicicletas, y abriéndola sin hacer ruido, montaron en ellas y en menos de un cuarto de hora llegaron al sitio de la emboscada, situado á pocos pasos del *Albergue*, es decir en un lugar sombreado por algunos árboles y yerbas altas.

Al llegar á este sitio, se bajaron de las bicicletas, y las ocultaron entre las plantas, la comadrona tomó una manteleta y una cruz de metal que había llevado consigo y se cubrió los hombros con la manteleta poniéndose la cruz al pecho, asemejándose entonces á una demandadera de monjas. Al mismo tiempo la otra sacó de una bolsa que llevaba puesta un revólver y se lo alargó diciéndole:

—¡Tiene seis almendras! Sé generosa y regálaselas todas.

—Si yerro el golpe la última será para mí.

—¡Quién piensa en eso! Ojo seguro, pulso firme y dentro de una hora dormiremos el sueño de los justos.

—Si no tenemos otros pecados, el Paraíso es nuestro. Con que no te olvides de nada. Mientras yo estoy en acecho tú está preparada con las bicicletas. Al primer rumor que oigas monta en la tuya y ten la mía con la mano izquierda para que yo pueda saltar sobre ella y echar á correr.

—Tenga usted cuidado de tirar el revólver en cuanto haya disparado el último tiro, y eche mano en seguida á los famosos polvos para arrojarlos sobre cualquiera persona que tratara de perseguirla. De eso depende el buen éxito de la expedición.

—Sí, dices bien; nada se me olvidará. Ahora esperemos que el diablo no se vuelva en contra nuestra.

—No podemos quejarnos hasta este momento... Al venir no hemos visto á nadie, y además la noche está oscura como boca de lobo... ¡Conque valor!

—¡Silencio! ¿No oyes?

—Es el carruaje que vuelve á buscarlas.

—¡Maldito carruaje! Si volviesen á pie el asunto estaba hecho. Pero no es hora de lamentaciones. Antes de que llegue me voy á mi puesto. Cuando se vuelvan los caballos hacia la ciudad pasaremos delante de ellos... Conque ¡alerta!

Y desapareció en las tinieblas, corriendo á ponerse en acecho detrás de los muros del *Albergue*. Desde allí, y protegida por la obscuridad, vió llegar el carruaje y detenerse delante de la puerta del asilo; pero no tardó en experimentar un sobresalto mayúsculo, al observar que en el pescante, además del cochero estaba el lacayo. La infame mujer permaneció un momento consternada y aun fué mayor su temor cuando vió que el lacayo se bajaba, abrió la portezuela del coche, saliendo por ella una mujer que se acercó á la puerta tocando la campanilla. Esta mujer era Giannina.

¡Qué desdicha! La comadrona había pensado que aquella noche la Condesa se contentaría con su cochero. Y en vez de ello aparecían ahora dos personas más, dos nuevos actores de la terrible escena que preparaba.

Tan grande llegó á ser su desconcierto, que estuvo á punto de abandonar su empresa. Pero no tardó en advertir que, aun en el caso de adoptar este partido, tenía que aguardar, para ponerlo en ejecución, á que sus víctimas se hubiesen marchado.

Sumida en tan encontrados pensamientos, la comadrona procuraba escuchar lo que acontecía delante de ella, á la puerta de la casa.

Oyó las últimas estrofas del canto pastoral, que resonaban en la iglesia; vió entrar á Giannina en casa y al lacayo permanecer fuera de ella. Después sintió un rumor confuso de voces que hablaban á la vez, y el crujido de la llave en el ojo de la cerradura.

—¡Este es el momento!—se dijo entre dientes,—y entonces sintió desarrollarse en su pecho un furor satánico de odio y venganza. Pero se contuvo y permaneció inmóvil, sin mover los párpados.

Por último, se abrió la puerta y salió por ella un haz de luz. Entonces vió al cochero sentado tranquilamente sobre el pescante; vió salir primero á una doméstica, que le pareció Giorgina, y la oyó decir riendo al lacayo:

—Esta noche no nos hará velar, como aquella otra, esa malvada comadrona.

A estas palabras, la infame mujer siente aumentar el furor que la devoraba; aprieta con mano convulsa el revólver y apunta en dirección al carruaje. En la mano izquierda aprieta un cartucho de los famosos polvos á que había aludido su compañera de expedición.

Detrás de Giorgina sale la Condesa, luego Ida, y, finalmente, Giannina.

Ahora todas ellas están á tiro; pero la comadrona no se mueve, porque quiere disparar á quemarropa, pues de lejos el tiro puede fallar.

—O ahora ó nunca,—se dice á sí misma, lanzando un relámpago de odio,—y avanzando sobre la punta de los pies, se adelanta, apuntando á Ida.

Pero, al primer movimiento de la comadrona, Giannina había visto relucir algo en las tinieblas. Era la cruz que la miserable llevaba al pecho, para hacer que las sospechas del crimen que se preparaba á realizar cayesen sobre otra. Al ver aquel fulgor, Giannina, temiendo una emboscada, se arrojó delante de Ida para cubrir á la joven con su cuerpo, y sin vacilar avanzó hacia adelante.

Entonces la comadrona pierde la serenidad y sólo piensa en huir. Pero Giannina, lanzando un grito, se arroja sobre ella y le arranca la cruz.

Viéndose perdida la comadrona, le dispara el revólver sobre el pecho, y con un salto de fiera echa á correr, después de tirar el arma, dejando la cruz en manos de la joven.

Todo esto ocurrió con tanta rapidez, que cuando acudieron

al ruido del disparo el lacayo, Giorgina y la Condesa, encontraron á Giannina en el suelo y sin dar señales de vida. Ida se arrodilló delante de ella, levantando su cabeza entre sus brazos.

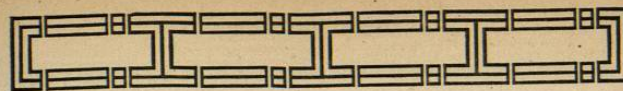
Giorgina y el lacayo echaron á correr tras el bulto que huía; pero la obscuridad era tan completa, que nada vieron, y aterrados con lo sucedido, regresaron al lugar donde se encontraba el cuerpo de la infortunada joven.

El caso era verdaderamente desesperado. La pobre Giannina, arrojando borbotones de sangre por el pecho y privada de sentido fué llevada en brazos al asilo, donde la rodearon desde el primer momento las hermanas aplicándole algunos remedios. También la Condesa y la afligida Ida permanecieron cerca de ella. Giorgina subió al pescante con el cochero y regresó precipitadamente á la ciudad para reclamar, en nombre de la Condesa, los auxilios del más ilustre cirujano, denunciar el hecho á la policía y tratar de hallar las huellas del asesino.

Firmemente convencida de que el delito era obra de la comandrona, ó por lo menos tramado por ella, al volver á la ciudad lo primero que hizo fué pasar por la calle de los Granchí. La casa donde se verificaba el infame tráfico estaba silenciosa y sumida en las tinieblas. Nada sospechoso se veía en aquel tugurio.

Entonces se apresuró á ir á buscar al cirujano á quien cedió el carruaje para que llegase antes.

Luego Giorgina se fué á pie á la Dirección de policía donde dió cuenta de lo ocurrido.



LII

La segunda víctima.

EN el estado de la pobre Giannina se manifestaron pronto los síntomas más peligrosos y más graves: fiebre violenta, fatiga y acceso de delirio.

Reconocida minuciosamente, sobre las costillas se le encontró un agujero redondo, con los bordes quemados y empapados, en sangre y otro del mismo tamaño en la espalda, lo cual revelaba que el proyectil la había atravesado de parte á parte. La desnudaron con prontitud y la aplicaron sobre las heridas un bálsamo para prevenir una inflamación maligna en las heridas, que en efecto tenían la forma ovalada, como producidas por una bala de revólver.

Después de lavadas suavemente las heridas se le colocaron sobre ellas dos apósitos, pero la sangre continuaba brotando gota á gota. Las pobres mujeres que estaban alrededor de su lecho acongojadas, esperaban con ansiedad al médico, angustiadas por aquella tragedia que inesperadamente había ocurrido en la propia Natividad del Señor.

Ida, especialmente, se mostraba apenadísima y tenía que hacer verdaderos esfuerzos sobre sí misma para contener los sollozos que arrancaba á su corazón aquella pobre joven que acababa de dar su vida por salvar la suya.